

Una memoria del "Pata Cura" Beltrán de Oruro

Palabras de Luis Ramiro Beltrán en la presentación del libro de Josep Barnadas: "Carlos Felipe Beltrán (1816 - 1898): Un párroco boliviano amigo de los indios". Oruro, 30-I-1998

Se cumple hoy el centenario de la muerte de un ilustre boliviano que Oruro reclama como suyo. En el penúltimo día de enero de 1898 falleció en Challacollo, a sus 82 años de edad, el sacerdote Carlos Felipe Beltrán. Había hecho dedicación ejemplar de su existencia a la educación para el enaltecimiento de los indígenas andinos, así como a la exaltación de la cultura de ellos, especialmente en cuanto a sus lenguas y literatura.

Dos años después del fallecimiento, Ernest Otto Rück - quien fundara en 1883 el Archivo y Biblioteca Nacional de Bolivia en Sucre - hizo una breve pero valiosa recordación de esa vida y obra; lamentablemente, ella no llegó a publicarse. Y así, aunque unos cuantos escritores bolivianos - por ejemplo, Finot, Otero, Medinacelli, Francovich y Lara - harían en adelante mención a Beltrán en algunos de sus trabajos, transcurriría medio siglo sin que nadie aportara un estudio biográfico y bibliográfico sobre él. Al cumplirse en 1948 el cincuentenario de su desaparición, el eminente etnólogo francés Paul Rivet publicó en París, con Odile Rodríguez, un amplio y medular ensayo que tituló "Un Apóstol Boliviano: Carlos Felipe Beltrán". Sobre la base de ese estudio, un descendiente de Carlos Felipe - el distinguido folklorólogo orureño Augusto Beltrán Heredia - publicó por prensa, también en 1948, una corta semblanza de aquél. Pasaría luego casi otro medio siglo sin que ninguna otra pluma emprendiera la reseña biobibliográfica abarcadora y penetrante y, sobre todo, sin que nadie aportara nuevos datos debidamente documentados. Y ahora, en 1998, lo hace al fin un historiador español al que los bolivianos tenemos por compatriota con sobradas razones, Josep M. Barnadas, con su obra "Carlos Felipe Beltrán (1816-1898): Un Párroco Boliviano Amigo de los Indios".

Es para mí muy grato y honroso el presentar hoy este libro aquí, atendiendo una invitación de la Asociación de Periodistas de Oruro, de la que soy miembro desde 1945, y del Centro Diocesano de Pastoral Social de mi ciudad natal, editor de esta publicación.

Es un privilegio que Oruro sabrá apreciar el que el doctor Barnadas haya hecho espacio en su recargada agenda académica para ocuparse con detenimiento de nuestro párroco rural del siglo anterior. Nadie más calificado para esta tarea que este renombrado estudioso catalán que mora entre nosotros desde hace más de tres décadas escribiendo sobre nuestro pasado con versación y rigor, así como con el afecto que lo identifica a fondo con la bolivianidad. El obtuvo en Sevilla el título doctoral en historiografía con una tesis sobre los orígenes de Charcas como una sociedad colonial. La valía de esa investigación es tal que, al cumplirse veinticinco años de su publicación inicial, los editores de ella organizaron un seminario de especialistas para examinar de nuevo la riqueza de su contenido. Autor de numerosos ensayos históricos y de otras obras tan valiosas como un manual bibliográfico sobre estudios bolivianos, Barnadas fue uno de los fundadores de la Sociedad de Historia de Bolivia, creó una revista especializada en la historia de este país y es traductor en frecuente demanda por Naciones Unidas. Perito en el arte de la documentación, ha sido director del Archivo y Biblioteca Nacional y es ahora, siempre apegado a Sucre, director del Archivo Eclesiástico de Bolivia. Explorador incansable del pasado, amigo cercano de la Iglesia Católica y admirador de nuestras culturas nati-

vas, Josep Barnadas luce las mejores credenciales para ser autor del estudio que ahora nos brinda.

DE CHAYANTA AL SEMINARIO

Nos informa él que Carlos Felipe Beltrán nació en la aldea potosina de Uqurí, Chayanta, en 1816 al fragor de la Guerra de la Independencia. Cursó en Oruro, a partir de 1829, el ciclo de enseñanza secundaria en el flamante Colegio de Artes y Ciencias "Bolívar". Fue alumno sobresaliente. Y en 1839 sería nombrado catedrático de gramática en el mismo establecimiento. Pero pronto dejaría la docencia, cuando tenía de 23 a 24 años de edad, para hacerse sacerdote.

Aunque no hay precisiones sobre esto, se sabe que estudió en Sucre Teología y, probablemente a la par, Derecho entre 1840 y 1844. Hay, en cambio, evidencia de que fue ordenado sacerdote en 1845, a sus treinta años de edad. Sustentado por el análisis sistemático de algo más de 150 cartas de Beltrán a sucesivos Arzobispos de Sucre, las que halló en el Archivo-Biblioteca Arquidiocesano "Monseñor Taborga", Barnadas logró reconstruir - en su integridad, si bien con diversos grados de detalles - la carrera pastoral de aquél.

EL ENCUENTRO CON LOS DE ABAJO

Beltrán había pasado los primeros nueve años de su ejercicio religioso trabajando como auxiliar de curas párrocos en una media docena de villorrios, campesinos y mineros del sur del departamento de Potosí, habitados casi en su totalidad por indígenas. Atribuló mucho al joven presbítero la situación de extrema ignorancia, miseria y sumisión en que halló a esos pobladores. Se dio cuenta bien pronto de que ella resultaba insubsanable sin un régimen de educación adecuado para que esos campesinos pudieran evolucionar y mejorar sin desechar los valores de su cultura ancestral ni renunciar a sus idiomas propios. Y, para contribuir a lograr tal cosa, se dedicó a aprender con ahínco el quechua y el aimara y a rescatar elementos clave de las culturas nativas, principalmente en el terreno de la leyenda y la poesía. "Quiso elevar al indio - lo había anotado Rivet - al plano de la civilización no imponiéndole brusca-mente nuestras costumbres, nuestra religión, nuestra cultura, sino conduciéndole por etapas lentas, partiendo de un conocimiento completo de su propia civilización". Y así, al impulso de esa aspiración, irían surgiendo en el curita inmerso en la desolación altiplánica además del pastor de almas el maestro, el lingüista, el antropólogo y el luchador por la reivindicación y la redención de la raza oprimida por la Colonia y por la República. Gracias a Barnadas podemos hoy apreciar la naturaleza de aquel proceso de formación - religiosa, científica y cívica - de un ser humano excepcional.

EL PARROCO ORUREÑO

Acompañamos, pues, a nuestro personaje cuando debuta en 1854 como párroco titular en el paraje lunar del Salar de Uyuni demandando escuelas para sus desventurados feligreses. Lo seguimos cuando comienza a hacerse orureño en 1862 al ser nombrado párroco de Quillaca, cerca de Poopó. Lo encontramos en 1872 en misión similar en Toledo luego de haber ejercido en el año anterior el rectorado del Colegio Bolívar de Oruro. Lo admiramos en La Paz planteando en 1877 su reclamación indigenista ante el Congreso Constituyente como Diputado por Oruro. Lo aplaudimos cuando bendice en 1892, con la alta jerarquía de Vicario Foráneo de Oruro, la entrada del primer convoy ferroviario de la Bolivia despojada del mar. Y sabemos que en el tramo final de su ancianidad retorna a Toledo. Párroco irreduciblemente rural, comprometido con místico fervor

con la existencia del campesinado nativo, Carlos Felipe Beltrán reside sólo por cortos períodos en la ciudad de la Virgen del Socavón. Va a ella principalmente para poder publicar sus escritos pero, tan pronto como puede, vuelve a servir a los indios viviendo en sus remotas aldeas. Y sigue luchando sin tregua por sacarlos de su cruenta condición de vencidos.

IMPRECACION EN EL DESIERTO

A lo largo de su periplo misionero de algo más de medio siglo, proclama Beltrán con lucidez y coraje su credo justiciero ante la semi-feudal burguesía gobernante, racista sin tapujos y que tiene por normal la inclemente explotación de los indios, el despojo de sus tierras y el menosprecio de sus creencias y costumbres. Denuncia el cura tal situación en términos tan contundentes e inequívocos como estos:

"El indio tributa,

El indio explota las minas.

El indio cultiva los campos.

El indio sirve de caballo en las postas.

El indio sirve de pongo a los corregidores y a los comandantes.

El indio mantiene a los curas.

El indio costea los gastos del culto.

El indio es ignorante, para que los leídos especulen con él.

El indio se trata mal para que los no indios se traten bien.

El indio en fin trabaja para que otros disfruten.

Y cuál es el trato que recibe este indio tan útil al Estado, tan útil y necesario a todos nosotros, civilizados?

Causa rubor confesarlo, pero es innegable. El indio continúa siendo considerado como un ser degenerado, nacido para servir, ser empleado en las más viles ocupaciones, sin paga o por un céntimo, clasificado en la casta de los parias, e incapaz de elevarse a nuestra esfera. Por consiguiente, se abusa de su ignorancia, se abusa de su impotencia, se abusa de su humildad, se abusa de su postración".

Aunque interesado en la política, Beltrán - lo aclara Barnadas - no era un agitador de la subversión campesina. Conflaba en que la superación de los indígenas se lograría por medio de una educación justa y adecuada que debía ser inspirada por la comprensión y el afecto.

"Muchas son las razones, advertía, que retardan e imposibilitan la civilización de los indios; ¡hará mucho el párroco en enseñar él mismo con caridad y celo ¡de este modo se sacará algún fruto". Convencido de que los indios eran tan capaces como los no indios para aprender y desarrollarse, afirmaba con admirable intuición estratégica de comunicador educativo que "...si esas pláticas se le transmiten en su idioma favorito y en estilo claro, sencillo, breve, conmovedor, las entienden y hasta las retienen para explicar algo a sus hijos..."

EL VERBO ENARDECIDO

La palabra - oral y escrita - era el arma crucial del guerrero cristiano del páramo. Barnadas considera que "... el legado literario de Beltrán atestigüa un esfuerzo verdaderamente colosal". Dedica a ese legado el auto uno de dos capítulos centrales de su estudio y anexa a éste una bibliografía selectiva que, comenzando en 1854 y terminando en 1899 (un año después de la muerte del cura), registra los títulos de 28 textos que fueron publicados de la producción literaria total de Beltrán que se sabe algo mayor. A tres órdenes de contenido corresponde este acervo: textos religiosos, composiciones poéticas y escenificaciones teatrales. Los lenguajes empleados en ellas son el español, el quechua y el aimara, a menudo en configuraciones bilingües.

(Continuará).